

EN BUSCA DE NUEVOS VALORES PARA UNA SOCIEDAD EN CRISIS

Cardenal Godfried Danneels (*)

Toda la llamada sociedad occidental experimenta situaciones de crisis. Además de las crisis económicas y financieras, el hombre debe enfrentar dilemas para los cuales no encuentra respuesta en los valores tradicionales. ¿Es que no tiene salida nuestra civilización?

El Cardenal Danneels, en una charla a los miembros de la BKW (Uniapac-Bélgica de lengua flamenca), les ofreció algunas pautas para reflexionar sobre el verdadero origen de la crisis que sacude al hombre contemporáneo, de las actitudes para superarla y de la necesidad de repensar el mensaje cristiano para elaborar un nuevo humanismo que responda a los nuevos problemas que debe abordar.

Un signo de esperanza que asoma en la sociedad contemporánea es el ansia cada vez más generalizada de una civilización más cálida, menos calculadora. De ahí que las ideas que se desprenden de este trabajo encontrarán, seguramente, en nuestros lectores una provechosa acogida.

La verdadera crisis actual: la de nuestra civilización y la del hombre.

Actualmente se escucha tan a menudo la palabra crisis, que es casi un lugar común que también nosotros nos ocupemos de ella.

La crisis económica y monetaria que vivimos, también es pan cotidiano para los medios de comunicación. Aunque la importancia de esta crisis sea innegable, sin embargo, quisiera ocuparme de otras crisis: la de nuestra civilización y la del hombre. Es nuestro deber intentar superar la crisis económica por medios técnicos y posiblemente científicos. Pero aún cuando logremos establecer el equilibrio económico y monetario en el mundo, esto no significará el fin de la crisis, porque nuestra situa-

ción actual no es tanto el resultado de una crisis económica y monetaria sino el de una crisis del hombre y de la sociedad.

Debemos elaborar un nuevo humanismo para el momento crítico que vivimos.

La crisis actual se remonta efectivamente a una crisis de valores, cuyas raíces son mucho más profundas que los síntomas económicos y monetarios que se ven en la superficie. Vivimos un momento crítico del humanismo. En los años venideros deberemos fundar un nuevo humanismo y otorgarle el derecho de ciudadanía: esto no ocurrirá sin choques.

Muy a menudo se ha pensado que el hombre estaba constituido por dos estadios. En el primer estadio está lo humano, el hombre común, y en ese nivel todos los hombres son iguales. Sobre aquél se puede construir un segundo estadio en el cual el hombre es católico, protestante, judío o hindú. Pero este segundo estadio no modifica para nada la arquitectura del primero: el hombre siempre es el mismo. Según esto, si al humanismo se le quita el cristianismo, la visión espiritual del mundo y del hombre subsiste inviolada, intacta. No estoy seguro de éso, porque una concepción cristiana de la vida no es un sombrero que se pone los domingos y que se saca durante la semana. Se se priva a un hombre de su cristianismo, se lo cambia de pies a cabeza. El cristianismo está en el origen y, al mismo tiempo, es el fruto de un tipo de humanismo que no se encuentra en ninguna otra parte, que modifica la forma de *ser humano*. Por consecuencia, los huma-

(*) Arzobispo de Malinas - Bruselas. Este trabajo está extraído de un artículo publicado en la Revista "Empresa" de Uniapac Argentina. Se cuenta con la debida autorización del editor de dicha Revista, para su actual reproducción.

nistas cristianos son diferentes de los otros humanistas, lo que no quiere decir que no tengan puntos u objetivos en común posibles.

El hombre actual está empobrecido por la falta de misterio.

Nuestros antepasados consideraban las cosas como enigmáticas y llenas de misterio. Cada bosque tenía un sátiro, cada fuente su ninfa. Todo el cosmos parecía poseer un alma y la humanidad durante largo tiempo vivió en ese clima. Es evidente que ya no podemos creer en sátiras y ninfas. Pero no es menos cierto que hemos caído en una mentalidad para la cual las cosas, llana y unilateralmente, no revisten ningún secreto. Esta es una aproximación extremadamente simplista a la naturaleza, el mundo y al hombre.

Estamos en una época en la que ya no hay profundidad. El régimen unilateral de las ciencias positivas ha reducido de tal manera el mundo a su aspecto cuantitativo, dejándolo sin secretos para nosotros, que nos ha hecho ciegos a sus aspectos cualitativos y a los del hombre.

En este mundo cuantificado se ha producido un fenómeno muy empobrecedor: de repente ya no hay lugar para el asombro, la admiración y la gratitud. La desaparición de toda sorpresa, de todo signo de gratitud - del sentimiento de *yo le he recibido* se ha pasado al de *yo lo he hecho y tengo derecho a poseerlo* - implica un humanismo fundamentalmente diferente del cristiano, que sigue estando marcado por el asombro y la admiración ante las cosas, la vida, la gente, y con una gratitud siempre presente. Y por ésto da otro tipo de hombre.

La raíz de nuestra crisis reside en que el hombre ya no se abre a la admiración con candor y, sin embargo, la realidad cándida - podemos llamarla pobreza de espíritu - es un componente fundamental del humanismo auténtico.

El punto ciego de la cultura moderna: no ver la esencia profunda de la realidad.

Todos nosotros tenemos un punto ciego en el ojo, en el lugar donde el nervio penetra en nuestra retina. De hecho, raramente nos damos cuenta de ello. Nuestra cultura moderna también tiene su *punto ciego*. No ve una serie de cosas que eran evidentes a los ojos de las generaciones precedentes,

principalmente y sobre todo: Dios. Nuestra cultura está ciega a Dios, ¿Donde se habla todavía de El? Para sí, en los monólogos de los golpes duros; públicamente sólo en los lugares donde se ha convenido que se hablaría de El. En el lenguaje del hogar, del jardín, y de la cocina, Dios parece muy raras veces. Toda existencia se considera en su aspecto verificable, en su expresión cuantitativa, pero así no se expresa el fondo de la realidad. Se puede describir fisiológicamente el nacimiento y la muerte, pero ¿se puede verificar y expresar en términos cuantitativos su esencia profunda? Tampoco el amor se mide por el peso en oro del anillo que se regala: es cualitativo y no cuantitativo.

Sufrimos, sobre todo, del estrechamiento de nuestro campo visual respecto de las cosas, las que en realidad son más que aquello que vemos. Un árbol, es algo más que sus características botánicas, económicas y estéticas. Es también lo cualitativo y eso nosotros lo perdemos. Nuestros ojos ya no miran, registran; nuestras manos ya no reciben, manipulean. Esto no es demasiado grave cuando lo hacemos con objetos utilitarios, pero sí lo es cuando obramos así con las personas. Si reducimos las cosas y las personas a simples peones sobre un tablero de ajedrez, entonces el humanismo ha perdido su alma y es un signo de esperanza que cada vez más jóvenes toman conciencia de ello.

Sólo un humanismo de inspiración cristiana podrá dar respuesta a los nuevos problemas que se le presentan al hombre.

Salimos de una época en la que el hombre no sabía casi nada y por eso reinaba una especie de fatalismo. Nosotros éramos sólo un pequeño punto en el universo de la historia. De ahí hemos pasado a una época distinta donde reina el sentimiento de que *el hombre lo puede todo*. Debemos aprender a estar atentos a una libertad *más restringida*: podemos muchas cosas, pero estamos todavía lejos del máximo de nuestras posibilidades. Sin embargo, debemos seguir avanzando aunque no podamos todo.

En los próximos 20 o 25 años se nos van a presentar problemas de naturaleza ética. Debemos decidir si debemos realmente hacer aquello para lo cual tenemos capacidad. Por primera vez en la historia vamos a tener que establecer prioridades. No se puede hacer todo al mismo tiempo. Para establecer una escala de valores, para poder definir prioridades, es necesario un humanismo de inspiración

cristiana. La pregunta ya no será: ¿qué podemos? Sino más bien: ¿qué es saludable para el hombre? Y de esta pregunta se desprende otra: ¿qué es el hombre?

Los grandes problemas de los próximos 20 años no serán económicos, comerciales, industriales o monetaristas, sino éticos. Un problema concreto será, por ejemplo: *¿podemos fabricar genéticamente un hombre que sea física, psicológica e intelectualmente superior a sus congéneres? ¿tenemos derecho a hacerlo?* Esos enormes problemas no serán resueltos por la técnica, sino por la filosofía, la ética y la religión. Y es aquí donde nuestra moral está actualmente en plena crisis. No se encuentran las definiciones para los valores y para la escala de valores. Tenemos una necesidad urgente de buenos moralistas y de buenos filósofos. El porvenir de la humanidad descansa en gran parte en sus manos.

Un camino descuidado para encontrar soluciones a la crisis: la vía hacia el interior de uno mismo.

Debemos retomar el gusto por la sana introspección. Sólo conocemos demasiado bien la vía hacia lo exterior: conocemos cada planta, cada animalito, cada secreto de la naturaleza. Pero el camino hacia nuestro interior, el del control de sí mismo, apenas ha sido hollado.

Nos hemos terminado de asumir nuestra experiencia de pecado. Todos y cada uno siente en sí una cierta ambigüedad: *hago lo que en el fondo no quiero hacer; lo que hago, no es lo que quiero*. La comprobación de esta dualidad interior alcanza a todos, creyentes y no creyentes, sin excepción. ¿Cómo podemos asumirla?

Algunos intentan lanzarse a una hiperactividad, consumiéndose en el trabajo. Pero el senti-

miento de culpabilidad permanece reprimido y siempre vuelve a aparecer. Segunda posibilidad: rechazar el problema. Pero éste retorna con fuerza, como catapultado. Otra posibilidad: intentar racionalizar el pecado; buscar explicaciones para una falta que se supone inevitable, ya que estamos determinados. Pero entonces, deberíamos admitir que también lo estamos para hacer algo bien. La ausencia de libertad juega en dos sentidos. Una solución más: la generalización: *Todo el mundo lo hace hoy, ¿por qué no yo?* Pero esto no puede hacer acallar la voz que dice: *¿Y por qué lo haces? Que los otros lo hagan no es razón para que lo hagas tu.*

La esperanza para la crisis: el ansia generalizada de una sociedad más calida.

Sólo existe una solución para asumir las propias faltas: el perdón y el renacer. Para lograrla se debe comenzar por aceptar la propia culpa. De la experiencia del pecado del hombre se eleva un clamor pidiendo auxilio hacia Quien está más allá de lo humano: hacia Alguien que pueda perdonar las faltas. Es el camino para volver hacia Dios.

En muchas personas, de todas las clases y de todas las edades, pero principalmente entre los jóvenes, crece el deseo de admiración, de gratitud, de asombro, de ensanchamiento del campo visual, un deseo de calor dentro de la sociedad, de no calcular, de calidad por encima de cantidad, de Dios. Es un signo de esperanza. Hay grandes oportunidades para el cristianismo y el humanismo cristiano. En casi todos los siglos el cristianismo ha salvado civilizaciones: en la Antigüedad, en la Edad Media, y luego en el Renacimiento. ¿Por qué no lo podría lograr de nuevo mientras se apaga el siglo veinte?